

Las pasiones y sus destinos¹

Pero entiendan bien que, cuando digo todo esto, me refiero a las vías de la realización del ser. Porque, por supuesto, ellas no son la realización del ser, puesto que de ella son apenas las vías, pero son vías, no obstante.

Jacques Lacan, El Seminario I.

Aunque Lacan utilice en su enseñanza la expresión “pasiones del ser”, refiriéndose al *Amor*, al *Odio* y a la *Ignorancia*, sabemos que lo hace precisamente produciendo una subversión, ya que parte de la filosofía y de lo que ésta nos instruye sobre las pasiones. Y si ellas se originan especialmente del “*Ser*”, tendremos que contextualizarlas a través de las premisas lacanianas para reflexionar sobre la pregunta: ¿cuáles son los destinos de las pasiones al final de un análisis?

En *El Seminario 22: R.S.I* (1974-75, inédito), Lacan dirá que la posibilidad de *representar y percibir* el “*mundo*”, la constitución misma del sujeto, depende de la articulación entre las *consistencias* de lo *Real*, lo *Simbólico* y lo *Imaginario*, que ya estaban allí desde el inicio de la enseñanza de Lacan, pero que sólo más tarde retomará por la vía de la topología del nudo borromeo, yendo un paso más allá. Lacan *muestra*, a través de este nudo, más allá de la sobredeterminación simbólica del sujeto, el punto real que se encuentra en su origen mismo. Al hacer la *demostración* de lo Real como una cuerda (*corde*, en francés), como el fundamento de un acuerdo (*accord*, en francés) soportado por ella, se muestra de qué manera se constituye algo, una «*buenas forma*» que hace entrar en lo Real lo que es de lo Imaginario, no sin el *sinthome* de lo que, en lo simbólico, consiste y fabrica la trama, el tejido, el a-cuerdo/*a-ccord ligado* al *orden de un cuerpo* al cual lo imaginario está suspendido.

De ello depende la constitución del campo del sentido. Claro, debilidad mental -como la llama Lacan- pero sin ella, queda comprometida la posibilidad de que un sujeto acceda a la ficción que llamamos *realidad*. Dependiente, ligada a sus orificios y a las formas adoptadas por el *objeto pequeño a* -que hace un agujero en el cuerpo (LACAN, 1974, p. 98) - el *orden del cuerpo* sólo encuentra su origen en un anudamiento simbólico que, a través de los bordes de sus orificios,

1 Texto presentado en el Coloquio Internacional de Convergencia, Movimiento Lacaniano para el Psicoanálisis Freudiano: “AMOR, ODIO, IGNORANCIA: Desafíos en la dirección de la cura”, Buenos Aires - Argentina, 31 de mayo de 2024. Autores que representan la ELPV: Beatrice Tesch (Miembro de la ELPV), Darlene Tronquoy (AE de la ELPV), Maria Celeste Faria (AME de la ELPV), Rosânea de Freitas (AME de la ELPV) y Ruth Bastos (AME de la ELPV).

constituye la “buena forma” que siempre depende, por tanto, del lenguaje. Esto quiere decir que el sujeto tan sólo conoce alguna cosa sobre *ser él mismo* por algo que ni siquiera imagina, y que le adviene de un Otro, barrado, cuya presencia sólo se dará a través de los bordes de sus orificios corpóreos: las pasiones son, pues, una consecuencia del hecho de que el sujeto sólo hace su entrada en el mundo, sólo “tiene” un cuerpo, porque él mismo *se hizo* objeto del goce del Otro.

Pero si el cuerpo, entonces, hace un *acuerdo*², el inconsciente es su *discordante* que, al hablar, determina al sujeto como *ser*, pero un ser que, ex-sistiendo, soporta el deseo como imposible de ser satisfecho, ya que el *objeto a* es su *causa* y no su *complemento*, ni directo ni indirecto, nos dice Lacan. Y, aun así, se trata del *ser* que hay que *tachar*³ [barrar] en esa metonimia, cuyo "Yo"⁴ soporta el deseo, como para siempre imposible de decirse como tal (LACAN, 1974/75, clase del 21/01).

El afecto de ex-sistir, considerando el inconsciente, es el anudarse implicando el agujero, sin el cual no existiría nudo, el anudamiento de los agujeros de lo Real, de lo Simbólico y de lo Imaginario. Así, el *sujeto es el ser causado*⁵ por esa “*abstracción radical*” del lenguaje que es el *objeto a* (LACAN, 1974/75, clase del 21/01). Pero también es por eso que Lacan lo llama “*parlêtre*”, un ser que habla/hablaser y, por tanto, es más un *falta-a-ser* que un ser propiamente dicho.

Se dice *abstracción radical del lenguaje*, en tanto que este se convierte en un ornamento, en semblantes que traducen las pasiones del cuerpo, la *pathein/patema*. Es esta *pasión del cuerpo, efecto del lenguaje*, está comprometida con el *ser de las pasiones*, que se despliegan en el *amor*, el *odio* y la *ignorancia*, que fluirán por los agujeros del cuerpo del *hablaser*, recordando que, “[...] si el sujeto no hablase, no habría la palabra “*Ser*”” (LACAN, 1974/75, clase del 18/02).

No existe un único modo de abordar las pasiones del *hablaser*. Pero conviene señalar que la *pasión* se distingue del *deseo*, aunque ambos estén causados por el objeto y sean consecuencia de que hay

2 Vale recordar que “*accord*”, acuerdo, en francés, también son los “*accords*”, los acordes de una música, de una melodía, de un instrumento.

3 Lacan utiliza el verbo “*rayer*” (conjugado: “*à se rayer*”, “a ser tachado/barrado”), que quiere decir “tachar”, barrar, “borrar”, “anular” por ejemplo “tachar”, “borrar” una palabra de un manuscrito, un nombre de una lista, borrar con una línea/trazo que se hace sobre una escritura. La sutileza está en el hecho de que aquello que se tacha o solo lo que se coloca en una raya/trazo haciendo una barra continua visible sobre el “trazo/barra/raya” o, al menos, que el “trazo/barra/raya” atestigüe una presencia sin suprimir de lo que ha sido “barrado/tachado”. Fuente: <https://www.littre.org/definition/rayerLittré>, ultimo acceso el 21/08/23.

4 En este caso, se trata del “Yo” como “*je*”, sujeto del inconsciente, y no el “*moi*”, función imaginaria, ya que, en francés, como sabemos, hay dos pronombres para designar al “yo” (Nota de traducción).

5 En francés, “*causé*”, causado, en portugués, hace homofonía con “*causer*”, que quiere decir hablar, conversar.

un agujero en el propio campo del lenguaje. Sin embargo, lo que puede distinguirlos es: mientras que el *deseo* insiste en una metonimia perenne e indestructible y que no consiste, la *pasión* puede presentarse en un estado abrupto de movimientos finitos, *desencadenados* y alejados de la “*buenas forma*” en el sentido que Lacan (1974/75) nos señala en su *Seminario R.S.I.*

Lacan pasa entonces a tratar las pasiones por la vía, no del ser, del discurso filosófico, que es precisamente el reverso del psicoanálisis, sino de la *falta-a-ser* que caracteriza nuestra condición humana, que es la de la constitución de un sujeto, aquél introducido en el mundo por Freud: el que surge en el punto de estructuración del deseo mismo, que aparece en la brecha abierta por la demanda que ella misma ha cavado, ya que el sujeto, al articular la cadena significante, sacará a la luz su falta-a-ser que es indisociable del apelo por recibir su complemento del Otro, lo que constituye el fundamento del *amor*, pero también del *odio* y de la *ignorancia*, si el Otro, como lugar del habla, es al mismo tiempo el lugar de la falta. Por eso, lo que el Otro tiene para completar, llenar, es lo que él, justamente, no tiene, ¡pues el ser es también lo que le falta!

Pasiones del ser es también “[...] lo que toda demanda evoca más allá de la necesidad en ella articulada, y es de eso mismo de lo que el sujeto queda tan propiamente privado cuanto más la necesidad articulada en la demanda es satisfecha” (LACAN, 1998, p. 633-4). 633-4), tal es el ejemplo de la *anorexia mental*, porque es cuando “[...] el niño es alimentado con más amor que rechaza el alimento y utiliza su rechazo como un deseo [...], confines donde aprendemos, como en ninguna otra parte, que el odio retribuye la moneda del amor, pero es donde la ignorancia no es perdonada” (LACAN, 1998, p. 634). Porque es negándose a satisfacer la demanda del Otro materno que el niño exige que la madre tenga un deseo “fuera de él”, esta es la vía que le es necesaria para orientarse hacia el deseo, nos dice Lacan (*íd*em, p. 634).

No es nuestro objetivo catalogar en la obra de Freud y/o Lacan, lo que nos han traído de novedad con respecto a lo que, desde hace siglos, ya es tratado por la humanidad, ya sea a través de la filosofía, el arte o la ciencia, que busca en los genes, las hormonas y *tutti quanti*, las causas de nuestras alegrías, tristezas y/o de nuestra violencia. Pero es necesario decir que, en el psicoanálisis, en nuestra clínica, en última instancia no se trata de otra cosa: lidiamos todo el tiempo con las pasiones, con el erotismo como “forma” de ordenamiento de las pasiones.

Entonces, en la vertiente introducida por Freud y Lacan, para pensar el origen o los destinos de las pasiones, tenemos que considerar que, en la experiencia humana, las clavijas nunca encajan en los agujeritos, es decir, ningún apelo hace que se pueda recibir un complemento del Otro. Este es, por así

decirlo, el origen de las pasiones, de las pasiones que están ahí, no para “realizar el ser”, sino para exigir, del ser llamado humano, allí donde no hay instinto que le ofrezca un borde o una orientación, las vías de un erotismo que pueda acoger las pasiones que lo componen. Pero, ¿a qué se debe la evidencia de que la experiencia llamada humana, sea atravesada por esos -como los denomina Freud- *afectos*? ¿Están todos ellos ligados de aquello que es indisociable de la llamada condición humana, lo único que no engaña, la *Angustia*? ¿Serían, las pasiones, *afectaciones engañosas*? Partimos de ahí para llegar a lo que nos interesa.

El bebé humano está condenado a su desamparo original, a la dificultad radical, a la *hilflosigkeit*. Absolutamente nada en su frágil estructura orgánica puede venir, solo, a socorrerlo, a ampararlo en el “desorden”⁶ que inaugura su entrada en el mundo; absolutamente nada, ningún acontecimiento -de estructura- aunque le ofrezca algún amparo, un borde, como ese espejismo que es el “*Ser*”, puede eliminar este “desorden”, por tanto, nunca lo abandonará, nunca dejará de hacer sus erupciones cuando algo de lo Real, lo inesperado, a veces insoportable, venga a tocar en su siempre frágil “estructura”, que siempre está sujeta a desanudamientos que, a su vez, producen la brecha por la que se cuela la *afectación angustiante, la angustia*. Se trata del *Ding* (que Lacan toma de Kant), y que Freud ya había denominado *das Ding*, el objeto perdido desde siempre (se trata de la pérdida de algo que nunca estuvo allí), y que sería propia al origen de toda la experiencia del hombre y de su destino, que, por eso, es siempre trágico.

Es, entonces, porque no hay otra salida sino la de “dejarse” inocular por la pasión del significante⁷, que el *hablaser* sólo se constituye a condición de someterse a las pasiones del Otro, “*causa pathomenon*”⁸, la causa de la pasión humana más fundamental, el *Ding*, ya designado por Kant (LACAN, 1959-60, p. 68). Sí, del deseo del Otro transmitido por sus afectaciones, por las circunvoluciones de su demanda: “[...] Es una cuestión del sujeto cómo precisamente tiene que *padecer del significante*, y que en esta *pasión por el significante* emerge el punto crítico de que la

⁶ En francés “*désarroi*”, que puede tener diversos sentidos, significante, deverbal (dice de, o palabra formada por *derivación regresiva* a partir de un verbo; post-verbal, regresivo) que deriva del francés antiguo “*desaroyer*”, que significa “poner en desorden”, a la deriva. Se trata de un desorden profundo, o a una alteración profunda que conduce a un acontecimiento desagradable e inesperado. (<https://www.dictionnaire-academie.fr/article/A9D1771>, último acceso el 07/04/2024 (Traducción libre).

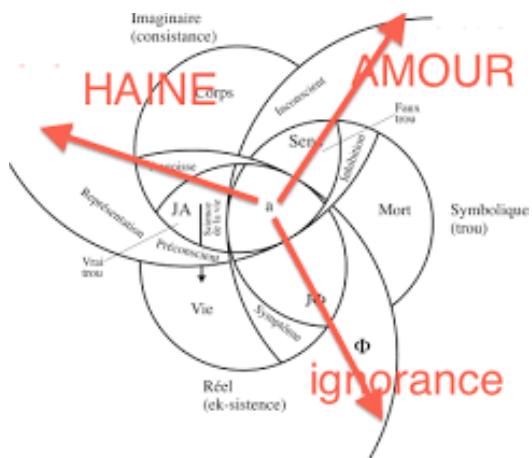
⁷ Para abordar la cuestión de la “pasión del significante”, Lacan recurre a la función de los mitos y a otras contribuciones de Lévi-Strauss, especialmente sobre la función simbólica y la “organización significante” de la que “se origina” y depende, ya sea en el plano individual o de la colectividad (y ambos no se oponen), un sujeto, y que Lacan denominará “*Autre*”, Otro, como deseo del Otro (LACAN, 1959-60, p. 101, *Staferla*).

⁸ [...] acentuar el carácter radicalmente malo en que se encuentra el hombre, respecto de lo que está en el centro de su destino, ese *Ding*, esta causa que designé el otro día como análoga a lo que es [...] designada por KANT [...] esta “*causa pathomenon*”, esta causa de la pasión humana más fundamental (LACAN, 1959-60, p. 68, *Staferla*).

angustia es ocasionalmente apenas un afecto que desempeña el papel de señal ocasional” (LACAN, 1959-60, p. 101).

En *El Seminario, libro 1* (1953-54), Lacan ya ubicaba las pasiones a partir de su tríada RSI, ubicándolas de la siguiente manera:

- en la unión de lo Simbólico y de lo Imaginario, la pasión o la ruptura, si se quiere, o la línea límite de lo que se llama *amor*,
- en la unión de lo Imaginario y lo Real, aquello que llama al *odio*,
- y en la unión de lo Real y lo Simbólico, lo que se llama *ignorancia*.



En esta ocasión, Lacan nos recuerda que, inmediatamente, incluso antes de que un análisis comience, alguna cosa que es del orden de la transferencia, la aparición de las formas extremas del amor y del odio, ya están virtualmente presentes y, en la medida en que un sujeto se pone a hablar, bajo transferencia, cuando el sujeto entra en análisis, está en la posición de alguien que ignora. No hay entrada posible al análisis sin esta referencia, y ella es absolutamente fundamental. Esto ocurre exactamente en la medida en que el habla progres... La ignorancia como pasión, en la medida en que está en el fundamento mismo de la situación analítica, es también uno de los componentes primitivos de la transferencia (LACAN, 1953-54, p. 282, *Staferla*).

Pero para considerar nuestra pregunta inicial, es necesario tener en cuenta que el sujeto que llega, que busca un análisis, en la entrada, él “es” un *pathetikoi*⁹. Es un sujeto inoculado, tejido, organizado, en su origen, por las pasiones del Otro, convirtiéndose, él mismo, en un “ser” de pasiones. Así, proponemos pensar el trayecto de un análisis aproximándolo a lo que podríamos llamar los efectos de la tragedia. Para ello, tendremos que considerar –al menos es lo que se sabe sobre la estructura de la tragedia– que ésta proponía, a partir de un determinado modo de organización y de escenificación, provocar la purgación/purificación, la *catarse* de las pasiones, del *temor* y de la *piedad*. Como nos dice Lacan (1988, p. 298), la *catarse*, en este caso, es un *apaciguamiento* producido por cierta música pero que, para Aristóteles, se trataría más bien de un efecto de *entusiasmo*.

¿Estarían, pues, los tomados por el efecto de cierta música, por el entusiasmo, los *enthousiastikoi*, en oposición de los tomados por las pasiones, los *pathetikoi*?

Podríamos pensar que, un análisis – en la medida en que allí el sujeto, al hablar, canta su propia música- al encadenar sus significantes deja escapar la musicalidad de la *lalangue*, arrancándose del cuerpo fijado, tomado, inoculado por las pasiones, tejido por las identificaciones y sometido al goce del Otro – ¿Podríamos pensar que, un análisis, aunque tenga efectos catárticos, pero yendo más allá, por el efecto de la música *lalangue* sobre el cuerpo, produciría el *entusiasmo*? ¿Haciendo que los *pathetikoi* sufran una subversión de su posición de sometimiento a las pasiones haciéndoles pasar a otra cosa? ¿No sería por eso que Lacan inventó el dispositivo del pase, para que los analistas puedan testimoniar sobre los efectos de la musicalidad de *lalangue* sobre el cuerpo, no despatologizándolo, sino subvirtiendo estas pasiones de tal manera que se produzca allí otra cosa, una nueva “satisfacción”, una “nueva vicisitud pulsional”?

Por eso también podríamos imaginar que tal trayecto sería similar a la procesión ditirámica, en la que la música que se escuchaba en ellas, desnudaba y hacía bailar el cuerpo de las mujeres. De la misma manera, ¿podríamos suponer allí una proximidad de lo que resta al final de un análisis, no necesariamente con las mujeres, sino con lo femenino, con su construcción? Con la construcción de un agujero que crea una brecha, un hueco, y hace bailar a un cuerpo antes rígido, fijado, y que padecía de las pasiones: un margen de libertad que, si bien no puede ser una promesa, bien puede

9 En *El Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, Lacan (1988, p. 298), al comentar la tragedia de Antígona para pensar la estructura misma de la tragedia, evoca los *pathetikoi* y los *enthousiastikoi* como dos posiciones distintas en relación a los efectos de la música de una obra trágica: los *pathetikoi* eran las “presas” de las pasiones, del *temor* y de la *piedad*, para otros, sin embargo, para los *enthousiastikoi*, la música provocaba *entusiasmo*.

intencionarse en un trabajo de análisis, en cuyo inicio está el *genuino amor artificial* de transferencia que fundará una experiencia, un campo en el que comparecerán las pasiones que habitan un sujeto, en el acto, el acto del decir.

¿Podríamos pensar un trayecto analítico como el lugar y el tiempo de una “transmutación de las pasiones” originales, y originarias, de una especie de “desintoxicación” de las pasiones del Otro que nos teje y nos habitan? ¿Sería el entusiasmo, al que se refiere Lacan, como efecto de un análisis que produce en *Un analista*, “una nueva pasión”, un “nuevo amor”, aquél que es signo de que cambiamos de discurso?

Referencias

- LACAN, Jacques. “A direção do tratamento e os princípios de seu poder”. In: *Escritos*. Rio de Janeiro: Zahar Ed., 1998.
- _____. *O seminário, livro 22: R.S.I (1974-1975)*. Inédito.
- _____. *O seminário, livro 7: a ética da psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 1988.
- _____. *Le Séminaire VII, L'Éthique, 1959-60, versión Staferla*.
- _____. *O Seminário, livro 1: os escritos técnicos de Freud*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 1983.
- _____. *Le Séminaire I, Écrits techniques, 1953-54, versión Staferla*.